

uno por todas partes, en los campos, en las ciudades, en los palacios, en las cárceles, y que se encaraman tan alegremente sobre el instrumento de muerte como sobre un rosal: al que puede volar, ¿qué le importan los sufrimientos de la tierra?

Calle del Infierno. fines de julio de 1852.

JUEZ DE INSTRUCCION.—MR. DESMORTIERS.

Mad. de Chateaubriand obtuvo permiso de verme. Ella había pasado trece meses, en tiempo del terror, en las cárceles de Rennes con mis dos hermanas Lucila y Julia: su imaginación, fuertemente herida entonces, no podía soportar la idea de una prisión. Mi pobre esposa tuvo un violento ataque de nervios al entrar en la prefectura, y esta fue una obligación mas que tuve al justo medio. El segundo día de mi detención, el juez de instrucción, Mr. Desmortiers, vino acompañado de su escribano.

Mr. Guizot había hecho nombrar procurador general del tribunal real de Rennes á un tal Mr. Hello, escritor, y de consiguiente envidioso é irritable, como todo el que emborriona papel en un partido triunfante.

El protegido de Mr. Guizot, hallando mi nombre y los del duque de Fitz-James y Mr. Hyde de Neuville mezclados en la causa que se seguía en Nantes contra Mr. Berryer, escribió al ministro de la Justicia que, si él mandase, no dejaría de hacernos prender y envolvernos en la causa como cómplices y como pruebas de convicción á la vez. Mr. de Montalivet creyó deber prestarse á las insinuaciones de Mr. Hello: hubo un tiempo en que Mr. de Montalivet venía humildemente á mi casa á tomar mis consejos y mis ideas sobre las elecciones y la libertad de imprenta. La restauración que hizo par á Mr. de Montalivet no pudo hacerle hombre de talento, y sin duda por este motivo la trata hoy tan mal.

Entró, pues, el juez de instrucción, Mr. Desmortiers, en mi pequeño cuarto: sobre su rostro se hallaba extendido, como una capa de miel, un aire de dulzura sobre un rostro contraído y violento.

—«Me llamo Loyal, natural de Normandía, y soy alguacil de vara, á despecho de la envidia.»

Mr. Desmortiers era antes de la congregación gran afiliado, gran legitimista, gran partidario de las ordenanzas, y ahora acérrimo justo medio. Rogué á aquel animal que se sentase con toda la política del antiguo régimen: acerquéle un sillón, puse delante de su escribano una mesita, pluma y tintero: sentéme enfrente de Mr. Desmortiers, y este me leyó, con una voz benigna, los pequeños cargos que, debidamente probados, me habrían hecho cortar tiernamente la cabeza: en seguida pasó al interrogatorio.

Declaré de nuevo que no reconociendo el orden político actual nada tenía que contestar; que yo nada firmaría; que todos aquellos procedimientos judiciales eran superfluos; que podía ahorrarse el trabajo de hacerlos y pasarse adelante y que por lo demás yo tendría siempre un placer en recibir á Mr. Desmortiers.

Conocí que aquella manera de comportarme ponía furioso al santo barón; que habiendo sido de mis mismas opiniones, mi conducta le parecía una sátira de la suya, y á ese resentimiento se mezclaba el orgullo del magistrado que se creía lastimado en sus funciones. Quiso razonar conmigo, y no pude hacerle comprender nunca la diferencia que hay entre el orden social y el orden político.—«Me someto, le dije, al primero, porque es el derecho natural: obedezco las leyes civiles, militares y financieras, las leyes de policía y orden público; pero no debo obediencia al derecho político sino cuando ese derecho emane de la autoridad real consagrada por los siglos,

ó se derive de la soberanía del pueblo.» Yo no era bastante necio ó bastante falso para creer que el pueblo había sido convocado y consultado, y que el orden político establecido fuese resultado de un acuerdo nacional. Si me formasen causa por robo, asesinato, incendio y otros crímenes y delitos sociales, respondería á la justicia; pero cuando se me envolvía en un proceso político, nada tenía que responder á una autoridad que no tenía ningún poder legal, y por consiguiente nada que exigirme.

Así se pasaron quince días. Mr. Desmortiers, cuya rabia llegó á mis oídos (rabia que procuraba comunicar á los jueces), se acercaba á mí con aire meloso diciéndome: —«¿Con que no queréis decirme vuestro ilustre nombre?» En uno de los interrogatorios me leyó una carta de Carlos X al duque de Fitz-James, en que se hallaba una frase honorífica para mí.—«Y bien, caballero, le dije; ¿qué significa esa carta? Es notorio que he permanecido fiel á mi antiguo rey, y que no he prestado juramento á Felipe. Por lo demás, me entenece vivamente la carta de mi soberano desterrado. En el tiempo de sus prosperidades no me ha dicho una cosa semejante, y esa frase me recompensa todos mis servicios.»

Paris, calle del Infierno, fines de julio de 1852.

MI VIDA EN CASA DE MR. GISQUET.—ME PONEN EN LIBERTAD.

Mad. Recamier, á quien tantos presos han debido consuelo y hasta la libertad, se hizo conducir á mi nuevo retiro. Mr. de Beranger bajó de Passy para decirme en estrofas, bajo el recuerdo de sus amigos, lo que se practicaba en las cárceles en tiempo de los míos. No podía echarme mas en cará la restauración. Mi antiguo amigo, Mr. Bertin, vino á administrarme los sacramentos ministeriales: una mujer entusiasta acudió de Beauvais á fin de admirar mi gloria. Mr. Villemain dió una prueba de valor; Mr. Dubois, monsieur Ampere, Mr. Lenormant, mis jóvenes y sabios amigos, no me olvidaron; el abogado de los republicanos, Mr. Ch. Ledru, no se separaba de mí: con la esperanza de un proceso, abultaba el asunto, y habría pagado con todos sus honorarios la satisfacción de defenderme.

Mr. Gisquet me había ofrecido, como ya he dicho, todas sus habitaciones; pero yo no abusé de su permiso. Solamente una noche bajé para oír, sentado entre él y Mad. Gisquet, tocar el piano á la hija de estos. Su padre la riñó y dijo que había ejecutado su sonata no tan bien como otras veces. Aquel pequeño concierto que el prefecto me daba en familia no tenía otro oyente que yo, y era singular. Mientras que en lo íntimo del hogar pasaba esta escena, los sargentos municipales me traían de fuera camaradas á culatazos y á palos. Y sin embargo, ¡qué paz y qué armonía reinaba en el corazón de la policía!

Tuve la felicidad de hacer conceder un favor muy semejante al de que yo gozaba; el favor de un calabozo á Mr. C. Philippon: sentenciado por su talento á unos cuantos meses de arresto, los pasaba en una casa de sanidad en Chaillot: llamado á París para prestar una declaración en un proceso, se aprovechó de la ocasión, y no volvió á su encierro; pero luego se arrepintió: en el sitio en que se mantenía oculto no podía ver libremente á una niña á quien amaba: echó de menos su prisión, y no sabiendo cómo volver á ella, me escribió la siguiente carta, rogándome que negociase ese asunto con el prefecto:

«Caballero: estais preso, y me comprenderiais, aun cuando no fuérais Chateaubriand... Yo tambien estoy preso, preso voluntario desde la declaración en

estado de sitio, en casa de un amigo, de un pobre artista como yo. He querido huir de la justicia de los consejos de guerra, de que me hallaba amenazado, por haber sido recogido mi periódico de 9 del corriente. Pero para ocultarme he tenido que privarme de los abrazos de una niña á quien idolatro; de una hija adoptiva de edad de cinco años, mi felicidad y mi alegría. Esta privación es un suplicio que yo no podría sufrir por mas tiempo: ¡sería mi muerte! Voy á descubrirme, y me arrojarán en Santa Pelagia, en donde no veré á mi pobre niña sino raras veces, y eso si me lo permiten y á horas dadas; en donde temblaré por su salud, y en donde moriré de inquietud si no la veo todos los días.

»Me dirijo á vos, caballero; á vos legitimista, yo republicano de todo corazón; á vos hombre grave y parlamentario, yo caricaturista y partidario de la mas punzante personalidad política; á vos, que no me conocéis, y estais preso como yo, para que alcanceis del señor prefecto de policía que me deje volver á la casa de sanidad, adonde me habian trasladado. Me comprometo por mi honor á presentarme á la justicia siempre que á ello se me requiera, y renuncio á sustraerme á cualquiera tribunal que sea, con tal que se me deje con mi pobre niña.

»Vos me creéis, caballero, cuando hablo de honor y juro no fugarme, y estoy persuadido de que seréis mi abogado, aunque los políticos profundos puedan ver en eso una nueva prueba de alianza entre los legitimistas y los republicanos, hombres todos cuyas opiniones se hallan tan en armonía.

»Si á semejante huésped, á semejante abogado se le rehusase lo que pido, sabría que nada me quedaba ya que esperar, y me vería separado por nueve meses de mi pobre Emma.

»De todos modos, caballero, cualquiera que sea el resultado de vuestra generosa intervención, no será menos eterno mi reconocimiento, porque nunca daré de las solícitas instancias que vuestro corazón no podrá menos de sugeriros.

»Recibid, caballero, la expresión de la admiración mas sincera, y creedme vuestro muy humilde y obediente servidor»

»C. PHILIPPON,

»propietario del diario *La Caricatura*,
»condenado á trece meses de prisión.

«Paris 21 de junio de 1852.»

Alcancé el favor que pedia Mr. Philippon, y este me dió las gracias por medio de un billete que prueba, no la magnitud del servicio (que se reducía á hacer custodiar á mi cliente en Chaillot por un genardarme), sino esa alegría secreta de las pasiones, que solo puede ser bien comprendida por aquellos que verdaderamente la han sentido.

»Caballero: Parto para Chaillot con mi querida niña.

»Quisiera daros las gracias, pero las palabras me parecen frias para expresar el reconocimiento de que me hallo poseído: he tenido razon en creer, caballero, que vuestro corazón os sugeriría elocuentes instancias. Estoy seguro de no engañarme al creer que os dirá que no soy ingrato, y que os pintará mejor de lo que yo pudiera hacerlo la dulce turbación en que vuestra bondad me ha puesto.

»Recibid, caballero, mis sinceras gracias, y dignaos considerarme el mas afecto de vuestros servidores.

»CARLOS PHILIPPON.»

A esta singular muestra de mi valimiento, añadiré este extraño testimonio de mi reputación: un joven

empleado de las oficinas de Mr. Gisquet me compuso muy buenos versos, que me fueron entregados por el mismo Mr. Gisquet, porque, al fin, es preciso ser justos; si un gobierno literato me atacaba indignamente, las musas me defendían noblemente: Mr. Villemain se declaró en mi favor con valentía, y en el mismo *Diario de los Debates* protestó mi amigo Bertin firmando su artículo contra mi prisión. Véase lo que me dice el poeta que se firma *J. Chopin, empleado en el despacho.*

A Mr. de Chateaubriand, en la prefectura de la policía.

»Admirando un día tu genio, osé dedicarte unos versos, y como la corriente de agua se esparce en el seno de los mares, llevé este tributo al dios de la armonía.

»Hoy el infortunio ha cruzado por tu frente, serena siempre en la tempestad. ¿Qué es para el poeta el fugaz presente? Tu gloria quedará, y nuestros odios pasarán.

»Enemigo generoso, tu voz varonil y poderosa ha prestado su encanto al error; pero tu elocuencia subyugadora hace siempre absolver á tu corazón.

»No hace mucho un rey hirió tu noble independencia, y tú fuiste grande ante su rigor... Cae luego, y desterrado de Francia, no ves tú en él mas que su desgracia.

»¡Ay! ¿Quién pudiera sondear tu firme lealtad y obligar al torrente á cambiar su curso! Pero aunque un solo partido se aplauda con tu celo, tu gloria es de todos nosotros: vuelve, pues, á tomar tus pinceles.

»J. CHOPIN, empleado en el despacho.»

La señorita Noemi (supongo que este es el nombre de la señorita Gisquet) se paseaba con frecuencia sola por el jardinito con un libro en la mano: solía dirigir á hurtadillas, alguna mirada hácia mi ventana. ¡Qué grato hubiera sido ser libertado de mis cadenas, como Cervantes, por la hija de mi amo! Mientras que yo tomaba un aire romántico, el joven y gallardo Mr. Nay vino á disipar mis ilusiones. Le ví hablar con la señorita Gisquet, que no nos engaña á nosotros, creadores de Sílides. Caf al punto de mis nubes, cerré mi ventana, y abandoné la idea de dejar crecer mis bigotes encanecidos por el viento de la adversidad.

Después de quince días, un auto de no haber lugar me volvió á la libertad, el 30 de junio, con gran dicha de Mad. de Chateaubriand, que creo hubiera muerto si se hubiese prolongado mi detención. Vino á buscarme en un fiacre, que llené con mi corto equipaje, tan ligeramente como habia salido en otro tiempo del ministerio, y volví á la calle del Infierno con ese *no se qué de perfección que la desgracia presta á la virtud.*

Si Mr. Gisquet fuese por la historia á la posteridad, quizá llegaría á ella en bastante mal estado: deseo que lo que acabo de escribir le sirva aquí de contrapeso á una reputación enemiga. Solo tengo elogios que tributar á sus atenciones y miramientos: indudablemente si yo hubiese sido condenado no me habria dejado escapar; pero, al fin, tanto él como su familia me trataron con una delicadeza y una conciencia de mi posición, de lo que era y de lo que habia sido, que no tuvieron una administración literata y legislativa, tanto mas brutales, cuanto que procedían contra el débil, y no tenían motivo de temores.

De todos los gobiernos que se han sucedido en Francia hace cuarenta años, el de Felipe ha sido el único que me ha arrojado en el calabozo de los bandidos, poniendo su mano sobre mi cabeza, respetada

hasta por un conquistador irritado: Napoleón levantó el brazo, pero no descargó el golpe. ¿Y por qué esa cólera? Voy á decirlo: porque osé protestar en favor del derecho contra el hecho en un país en que, pedí la libertad bajo el imperio, la gloria bajo la restauración; en un país en que, solitario, cudento, no por hermanos, hijos, goces y placeres, sino por sepulcros. Los últimos cambios políticos me separaron del resto de mis amigos: de estos, unos se fueron tras de la fortuna, y pasan engordados con su deshonra al lado de mi pobreza; otros han abandonado sus hogares, expuestos al insulto. Las generaciones deslumbradas por la independencia se han vendido, y comunes en su conducta, intolerables en su orgullo, medianas ó locas en sus escritos, no aguardo de ellas sino el desden con que yo les pago: ellas no tienen motivo para comprenderme, porque ignoran lo que es fe á la cosa jurada, amor á las instituciones generosas, respeto á sus propias opiniones, el desprecio del triunfo y del oro, la felicidad de los sacrificios, el culto de la debilidad y de la desgracia.

CARTA AL MINISTRO DE LA JUSTICIA, Y RESPUESTA.

Paris, fines de julio de 1832.

Después del auto de no ha lugar, me quedaba un deber que cumplir. El delito de que yo había sido acusado estaba relacionado con el que motivaba la detención de Mr. Berryer en Nantes. Yo no había podido explicarme con el juez de instrucción, no reconociendo la competencia del tribunal. A fin de reparar el perjuicio que podía haber causado á monsieur Berryer mi silencio, escribí al ministro de la Justicia la carta que va á leerse, y que publiqué por medio de los periódicos.

Paris 5 de julio de 1832.

«Señor ministro de la Justicia: permitidme cumplir cerca de vos, en interés de un hombre privado hace mucho tiempo de su libertad, un deber de conciencia y de honor.

«Interrogado Mr. Berryer, hijo, por el juez de instrucción en Nantes el 18 del mes último, contestó que había visto á la señora duquesa de Berry, que le había presentado, con el respeto debido á su condición, á su valor y á sus desgracias, su opinión personal y la de dignos amigos sobre la situación actual de la Francia y sobre las consecuencias de la presencia de S. A. R. en el Oeste.

«Desenvolviendo Mr. Berryer con su talento acostumbrado este vasto asunto, lo reasumió en estos términos: «Cualquier guerra extranjera ó civil, aun suponiéndola coronada del triunfo, no puede someter ni aliar las opiniones.»

«Preguntado acerca de los dignos amigos de quienes acababa de hablar, contestó noblemente monsieur Berryer, «que habiéndole manifestado hombres graves, acerca de las circunstancias actuales, una opinión conforme á la suya, había creído deber apoyar su parecer en el suyo; pero que no los nombraría sin que estos hubiesen consentido en ello.»

«Yo, señor ministro de la Justicia, soy uno de esos hombres consultados por Mr. Berryer, y no solo he aprobado su opinión, sino que he redactado una nota en ese mismo sentido, la cual debía ser entregada á la señora duquesa de Berry en el caso de que esta princesa se hallase realmente en suelo francés, cosa que no creía. No estando firmada dicha nota, escribí otra que firmé, y en la que suplicaba todavía mas encarecidamente á la intrépida madre del nieto de Enrique IV que abandonase una patria desgarrada por tantas discordias.

«Tal es la declaración que yo debía á Mr. Berryer.

El verdadero culpable, en caso de haberlo, soy yo. Espero que esta declaración sirva para la pronta escarcelación del preso de Nantes, pues hará pesar solo sobre mi cabeza la inculpación de un hecho muy inocente sin duda, pero del que, en último resultado, acepto todas las consecuencias.

«Tengo el honor de ser, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

«Calle del Infierno, 84.

«Habiendo escrito al conde de Montalivet el 9 del mes último por un asunto relativo á Mr. Berryer, el ministro del Interior no creyó ni aun deber darme á conocer que había recibido mi carta: como me interesa mucho saber la suerte de la que tengo el honor de escribir hoy al señor ministro de la Justicia, le quedaré infinitamente obligado si manda á sus oficinas que me acusen el recibo.

«CH...»

No se hizo esperar la respuesta del señor ministro de la Justicia, que fue como sigue:

«Paris, 5 de julio.

«Señor vizconde: conteniendo la carta que me habéis dirigido noticias que pueden ilustrar á la justicia, la hago enviar inmediatamente al procurador del rey, en el tribunal de Nantes, á fin de que se una á la sumaria principiada contra Mr. Berryer.

«Soy con respeto, etc.

«El guarda-sellos,
«BARTHE.»

Por esta respuesta se reservaba lindamente monsieur Barthe una nueva persecución en contra mía. Me acuerdo de los soberbios desdenes de los grandes hombres del justo medio, cuando dejaba yo entrever la posibilidad de una violencia ejercida contra mi persona ó mis escritos. ¿Y á qué venía adornarme de un peligro imaginario? ¿Quién se cuidaba de mi opinión? ¿Quién pensaba en tocar ni á uno solo de mis cabellos? Apasionados y servidores de la olla, intrépidos héroes de la paz á toda costa, no por eso habéis dejado de tener vuestro terror de caja y de policía, vuestro estado de sitio de París, vuestros mil procesos de imprenta, vuestras comisiones militares para condenar á muerte al autor de los *Cancanes*, y me habéis encerrado en vuestras cárceles, siendo la pena aplicable á mi crimen nada menos que la pena capital. ¿Con qué placer os entregaría mi cabeza, si, arrojada en la balanza de la justicia, la hiciese inclinar del lado del honor, de la gloria y de la libertad de mi patria!

CARLOS X ME OFRECE MI PENSION DE PAR.—MI RESPUESTA.

Paris, calle del Infierno, fines de julio de 1832.

Yo estaba decidido mas que nunca á volverme á mi destierro: asustada Mad. de Chateaubriand con mi aventura, hubiera querido estar ya muy lejos, y no tratamos ya mas que de elegir el sitio en que fijáramos nuestras tiendas. La gran dificultad era hallar algun dinero para vivir en tierra extraña, y pagar primero una deuda que me amenazaba con persecución y prisión.

El primer año de una embajada arruina siempre al embajador, y esto fue lo que sucedió en Roma. Retiréme al advenimiento del ministerio Polignac, y me marché añadiendo á mi ordinaria escasez sesenta mil francos de préstamo. Había yo llamado á la puerta de todas las bolsas realistas; pero ningunase abrió: acon-

sejaronme que acudiese á Mr. de Laffitte. Mr. de Laffitte me adelantó diez mil francos, que entregué inmediatamente á los acreedores mas apremiantes. Con el producto de mis folletos logré reunir la suma, que le devolví con reconocimiento; pero siempre me quedaban por pagar unos treinta mil francos, además de mis antiguas deudas, de las que algunas tienen barbas, pero viejas; por desgracia esas barbas son barbas de oro, que se cortan todos los años de mi barba.

El duque de Levis, de regreso de un viaje de Escocia, me había dicho de parte de Carlos X que este príncipe quería continuar suministrándome mi pensión de par: yo creí deber reusar semejante ofrecimiento. El duque de Levis volvió á la carga cuando me vió al salir de mi prisión en los apuros mas crueles, no encontrando nada por mi casa y mi jardín de la calle del Infierno, y hallándome acosado por una nube de acreedores. Yo había vendido ya mis alhajas de plata. El duque de Levis me trajo veinte mil francos, diciéndome noblemente que eran las dos anualidades de la dignidad de par que el rey reconocía serme en deber, y que mis deudas de Roma no eran mas que una deuda de la corona. Esta suma me ponía en libertad: aceptéla como un préstamo momentáneo, y escribí al rey la siguiente carta (1):

«Señor: En medio de las calamidades con que plugo á Dios santificar vuestra vida, no habéis olvidado á los que sufren al pié del trono de San Luis. Os dignásteis darme á conocer hace algunos meses vuestro generoso designio de continuarme la pensión de par que renuncié al negarme á prestar juramento al poder ilegítimo; creí que V. M. tenía servidores mas pobres que yo y más dignos de sus bondades. Pero los últimos escritos que he publicado me han ocasionado pérdidas y suscitado persecuciones: he tratado inútilmente de vender lo poco que me quedaba. Me veo obligado á aceptar, no la pensión anual que V. M. se digna señalarme sobre su real indigencia, sino un auxilio provisional para desembarazarme de los apuros que me impiden volver al asilo en donde podré vivir con mi trabajo. Señor, preciso es que yo sea bien desgraciado para servir de carga, ni aun por un momento, á una corona que he sostenido con todas mis fuerzas, y á la que continuaré sirviendo el resto de mi vida.

«Soy con el mas profundo respeto, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

BILLETE DE LA DUQUESA DE BERRY.—CARTA A BERANGER.—SALIDA DE PARÍS.—DIARIO DE PARÍS Á LUGANO.—MR. AGUSTIN THIERRY.

Paris, calle del Infierno, del 1.º al 8 de agosto de 1832.

Mi sobrino, el conde Luis de Chateaubriand, me anticipó por su parte una suma igual de veinte mil francos. Desembarazado así de los obstáculos materiales, hice los preparativos de mi segunda marcha; pero una razon de honra me detenía: la señora duquesa de Berry estaba en tierra de Francia; ¿qué sería de ella? ¿No debía yo permanecer en los sitios adonde podían llamarme sus peligros? Un billete de la princesa que me llegó del fondo de la Vandée acabó de dejarme en libertad.

«Iba á escribiros, señor vizconde, relativamente á ese gobierno provisional que creí deber formar cuando ignoraba si podía yo penetrar en Francia, y del que me dijeron que consentiais en formar parte. Nunca ha existido de hecho, puesto que jamás se ha reunido, y algunos de sus miembros no se han puesto de

(1) En mi primer viaje á Praga se verá mi conversacion con Carlos X acerca de este préstamo. (Nota de Paris, 1834).

acuerdo sino para hacerme llegar un consejo que no he podido seguir. No por eso los quiero mal. Habéis juzgado con arreglo á los informes que os han dado de mi posición y de la del país los que tenían razones para conocer mejor que yo los efectos de una fatal influencia, en que no he querido creer; y estoy bien segura de que si Mr. de Chateaubriand hubiese estado á mi lado, su corazón noble y generoso se habría negado á ello igualmente. No por eso cuento menos con los buenos servicios individuales, y hasta con los consejos de las personas que formaban parte del gobierno provisional, y cuya elección me había sido dictada por su celo ilustrado y su adhesión á la legitimidad en la persona de Enrique V. Veo que vuestra intención es abandonar la Francia: mucho lo sentiría si pudiese acercaros á mí: pero teneis armas que alcanzan de lejos, y espero que no cesaríais de combatir por Enrique V.

«Creed, señor vizconde, en toda mi estimación y amistad.

«M. C. B.»

Por este billete *Madame* prescindía de mis servicios, no accedía á los consejos que me atreví á darle en la nota de que había sido portador Mr. Berryer, y hasta parecía un tanto resentida de ella, bien que reconociese que la había extraviado una influencia fatal.

Vuelto así á mi libertad y desembarazado de todo hoy 7 de agosto; no teniendo ya mas que hacer que marcharme, escribí mi carta de despedida á Mr. de Beranger, que me había visitado en mi prisión.

A Mr. de Beranger.

Paris 7 de agosto de 1832.

«Quería, caballero, haberme ido á despedir de vos en persona, y daros gracias por vuestro recuerdo: me falta tiempo, y me veo obligado á marchar sin tener el placer de veros y abrazaros. Ignoro mi porvenir: ¿hay hoy día porvenir algun claro para nadie? No estamos en una época de revolución, sino de transformación social: ahora bien, las transformaciones se operan lentamente, y las generaciones que se encuentran en el período de la metamorfosis parecen oscuras y miserables. Si la Europa (cosa que podría bien suceder) está en la edad de la decrepitud, este es otro asunto: nada producirá, y se extinguirá en una impotente anarquía de pasiones, costumbres y doctrinas. En este caso, caballero, habréis cantado sobre una tumba.

He cumplido, caballero, todos mis compromisos: he vuelto á vuestra voz; he defendido lo que había venido á defender; he sufrido el cólera y vuelvo á la montaña. No rompáis vuestra lira, como habéis amenazado ya: le debo uno de mis títulos mas gloriosos al recuerdo de los hombres. Haced todavía sonreír y llorar á la Francia, porque sucede, por un secreto conocido únicamente de vos, que en vuestras canciones populares las palabras son alegres y la música lastimera.

«Me recomiendo á vuestra amistad y á vuestra mesa.

«CHATEAUBRIAND.»

Debo ponerme en camino mañana: Mad. de Chateaubriand se reunirá á mí en Lucerna.

Basilea 12 de agosto de 1832.

Muchos hombres mueren sin haber perdido de vista su campanario: yo no puedo encontrar el campanario que debe verme morir. En busca de un asilo para acabar mis *Memorias* viajo de nuevo, arrastrando en pos de mí un enorme bagaje de papeles, correspon-

dencias diplomáticas, notas confidenciales, cartas de ministros y reyes: es la historia llevada á la grupa por la novela.

En Vesoul ví á Mr. Agustín Thierry, retirado en casa de su hermano el prefecto. Cuando en otro tiempo en París me envié su *Historia de la Conquista de los normandos*, fuí á darle las gracias. Encontré á un jóven en su cuarto, cuyas puertas y ventanas estaban mediterráneas: estaba casi ciego; trató de levantarse para recibirme; pero sus piernas no pudieron sostenerle, y cayó en mis brazos. Sonrojóse cuando le manifesté mi sincera admiración, y entonces fue cuando me respondió que su obra era mía, y que la lectura de la batalla de los francos en *Los Mártires* fue lo que le había hecho concebir la idea de un nuevo modo de escribir la historia. Cuando me despedí de él hizo un esfuerzo por seguirme, y se arrastró hasta la puerta apoyándose en la pared. Salí conmovido de tanto talento y tanta desgracia.

En Vesoul dió fondo, despues de un largo destierro, Carlos X, que actualmente hacia rumbo hácia el nuevo destierro, que será para él el último.

Pasé la frontera sin ningun contratiempo con mi bagaje: veamos si del otro lado de los Alpes no podré gozar de la libertad de la Suiza y del sol de la Italia, necesidad de mis opiniones y de mis años.

A la entrada de Basilea encontré un anciano suizo aduanero, el cual me obligó á hacer una pequeña cuarentena de un cuarto de hora: bajaron mi equipaje á una cueva, y pusieron en movimiento no sé qué cosa que imitaba el ruido de un telar: levantóse un humo de vinagre; y purificado así del contagio de la Francia; el buen suizo me dejó marchar.

He dicho en el *Itinerario* al hablar de las cigüeñas de Atenas: «De lo alto de sus nidos, adonde no pueden llegar las revoluciones, han visto por bajo de ellas cambiar la raza de los mortales: mientras que sobre los sepulcros de las generaciones religiosas se han levantado generaciones impías, la cigüeña jóven ha alimentado siempre á su anciano padre.

He hallado en Basilea el nido de cigüeña que dejó allí hace seis años; pero el hospital en cuyo tejado la cigüeña de Basilea ha construido su nido no es el Parthenon; el sol del Rhin no es el sol de Cefiso; el concilio no es el Areópago; Erasmo no es Pericles: sin embargo, algo es el Rhin, la selva Negra, la Basilea romana y germánica. Luis XIV extendió la Francia hasta las puertas de aquella ciudad, y tres monarcas enemigos la cruzaron en 1813 para ir á dormir en el lecho de Luis el Grande, defendido en vano por Napoleón. Vamos á ver las *Danzas de la muerte*, de Holbein, que ellas nos darán cuenta de las vanidades humanas.

La *Danza de la muerte* (si es que esto no era entonces mismo una verdadera pintura) tuvo lugar en París en 1424, en el cementerio de los Inocentes: su procedencia era Inglaterra. La representación del espectáculo fue consignada en cuadros, que fueron espuestos en los cementerios de Dresde, Lubeck, Minden, Chaise-Eieu, Strasburgo, Blois, en Francia, y el pincel de Holbein inmortalizó en Basilea aquellas alegrías de la tumba.

Aquellas danzas del grande artista han sido á su vez llevadas por la muerte, que no perdona ni á sus propias locuras: no ha quedado en Basilea del trabajo de Holbein mas que seis piezas aserradas sobre las piedras del claustro y depositadas en la universidad. Un dibujo con coloridos conserva el conjunto de la obra.

Aquellas imágenes grotescas sobre un fondo terrible participan del genio de Shakspeare, genio mezclado de trágico y cómico. Los personajes tienen una expresión viva: pobres y ricos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, papas, cardenales y curas, emperadores, reyes, reinas, príncipes, duques,

nobles, magistrados, guerreros, todos luchan y razonan contra la muerte; ninguno la acepta de buen grado.

La muerte está variada hasta lo infinito, pero siempre burlona, á semejanza de la vida, que no es mas que una grave arlequinada. Esa muerte del pintor satírico tiene una pierna de menos, como el mendigo con pierna de palo á cuyo lado camina; toca el bandolín detrás del hueso de su espalda como el músico á quien arrastra. No siempre está calva: mechones de cabellos blondos, castaños ó grises, revolotean alrededor del cuello del esqueleto, haciéndole mas espantoso con hacerle parecer casi vivo. En uno de los cartones la muerte tiene hasta carne casi, es casi jóven como un jóven, y lleva á una muchacha que está mirándose en un espejo. La muerte lleva en su zurrón chascos de un estudiante travieso: corta con tigras la cuerda del perro que conduce á un ciego, y el ciego está á dos pasos de una fosa abierta; en otra parte la muerte, con una pequeña capita, se acerca á una de sus víctimas con los gestos de un Pasquin. Holbein debió tomar la idea de aquella formidable alegría en la naturaleza misma: éntrase en un cuarto de reliquias, y todas las cabezas de muerto parece que se burlan, porque descubren los dientes: es la risa, sin los labios que la diseñan y forman la sonrisa. ¿De qué se burlan esas calaveras? ¿De la nada de la vida?

La catedral de Basilea, y especialmente sus antiguos claustros, me han agradado. Al recorrer estos últimos, llenos de inscripciones fúnebres, he leído los nombres de algunos reformadores. El protestantismo elige mal el sitio y apróvecha mal su tiempo cuando se coloca en los monumentos católicos: entonces se ve menos lo que ha reformado que lo que ha destruido. Esos pedantes áridos que pensaban rehacer un cristianismo primitivo en un antiguo cristianismo creador de la sociedad hace quince siglos, no han podido erigir un solo monumento. ¿A qué hubiera correspondido ese monumento? ¿Cómo habría estado en armonía con las costumbres? Los hombres no estaban hechos, como Lutero y Calvino, en tiempo de Lutero y de Calvino: estaban hechos, como Leon X, con el genio de Rafael, ó como San Luis, con el genio gótico: el menor número no creía en nada; la mayoría creía en todo. Así es que el protestantismo no tiene por templos mas que salones de escuelas, ó por iglesias mas que las catedrales que ha devastado: allí ha ido á establecer su desnudez. Jesucristo y sus apóstoles no se asemejaban ciertamente á los griegos y á los romanos de su siglo; pero aquellos no venían á reformar un culto antiguo, sino á establecer una religión nueva, á reemplazar los dioses por un Dios.

Lucerna 14 de agosto de 1822.

El camino de Basilea á Lucerna por la Argovia presenta una serie de valles, algunos de los cuales se asemejan al valle de Argelés, menos el cielo español de los Pirineos. En Lucerna las montañas, diversamente agrupadas, escalonadas, perfiladas y de diferentes colores, se terminan retirándose unas tras otras y hundiéndose en la perspectiva hácia las nieves vecinas del San Gotardo. Si se suprimiese el Righ y el Pilote, y no se conservase mas que las colinas cubiertas de yerbas y madrigueras de conejos que rodean el lago de los cuatro cantones, se produciría un lago de Italia.

Los arcos del claustro del cementerio que rodean á la catedral son como los palcos, desde donde puede gozarse de aquel espectáculo. Los monumentos de aquel cementerio tienen por estandarte una cruzecita de hierro con un Cristo dorado. A los rayos del sol, son otros tantos puntos de luz que se escapan de las

tumbas; de trecho en trecho hay pilas de agua bendita, en las que se moja una rama, con la cual puedan bendecirse cenizas queridas. Yo nada lloraba allí en particular, pero esparcí el rocío lustral sobre la comunidad silenciosa de los cristianos y de los desgraciados hermanos míos. Un epitafio me dice: *Hodie mihi, cras tibi*: otro: *Fuit homo*: otro: *Siste, viator; abi, viator*. Y yo aguardo á mañana, y habré sido hombre, y viajero me detengo, y viajero me voy. Recostado contra uno de los arcos del claustro, contemplé por largo tiempo el teatro de las aventuras de Guillermo Tell y de sus compañeros, teatro de la libertad helvética, tan bien cantado y descrito por Schiller y Juan de Muller. Mis ojos buscaban en el cuadro inmenso la presencia de los muertos mas ilustres, y mis piés hollaban las cenizas mas ignoradas.

Al volver á ver los Alpes, hace cuatro ó cinco años, me preguntaba qué era lo que iba á buscar allí: ¿qué diré hoy? ¿Qué diré mañana, y mañana todavía? ¿Desgraciado de mí, que no puedo envejecer, y estoy envejeciendo siempre!

Lucerna 15 de agosto.

Los capuchinos han ido esta mañana, según es costumbre el día de la Asunción, á bendecir las montañas. Esos monges profesan la religión bajo la cual nació la independencia suiza: esa independencia dura todavía. ¿Qué será de nuestra libertad moderna, maldiciendo con la bendición de los filósofos y de los verdugos? No tiene aun cuarenta años, y ya ha sido vendida, revendida, chalaneada y cambalachada en todas las esquinas de las calles. Hay mas libertad en el sayal de un capuchino que bendice los Alpes, que en todo el revoltijo de los legisladores de la república, del imperio, de la restauración y de la usurpación de julio.

El viajero francés en Suiza se siente conmovido y entristecido: nuestra historia, por desgracia de los pueblos de esas regiones, se liga demasiado con la suya: la sangre de la Helvecia ha corrido por nuestra causa y por nosotros: hemos llevado el hierro y el fuego á la cabaña de Guillermo Tell: hemos comprometido en nuestras guerras civiles al aldeano guerrero que guardaba el trono de nuestros reyes. El genio de Thorwaldsen fijó el recuerdo del 10 de agosto en la puerta de Lucerna. El leon helvético espira atravesado de una flecha, cubriendo con su cabeza agachada y una de sus patas el escudo de Francia, del que no se ve mas que una flor de lis. La capilla consagrada á las víctimas; el grupo de árboles verdes que acompaña el bajo relieve esculpido en la roca; el soldado escapado de la matanza del 10 de agosto, que enseña á los viajeros el monumento; el billete de Luis XVI que manda á los suizos deponer las armas; el frontón del altar ofrecido por la delфина á la capilla espiatorial y sobre el que aquel perfecto modelo de dolor ha bordado la imagen del cordero divino inmolado... ¿Por qué designio la Providencia, despues de la última caída del trono de los Borbones, me envía á buscar un asilo al lado de aquel monumento? A lo menos yo puedo contemplarlo sin avergonzarme; puedo poner mi mano débil, pero no perjura, sobre el escudo de Francia, como el leon lo abarca con sus garras poderosas, aunque alojadas por la muerte.

Pues bien, ¿ese monumento, un miembro de la dieta ha propuesto destruirlo! ¿Qué pide la Suiza? ¿La libertad? Goza de ella hace cuatro siglos. ¿La igualdad? La tiene. ¿La república? Es su forma de gobierno, ¿El alivio de los impuestos? Apenas paga contribuciones. ¿Pues qué es lo que quiere? Quiere cambiar: esa es la ley de los seres. Cuando un pueblo, trasformado por el tiempo, no puede permanecer siendo lo que ha sido, el primer síntoma de su enfer-

medad es el odio á lo pasado y á las virtudes de sus antepasados.

Volvíme del monumento del 10 de agosto por el gran puente cubierto, especie de galería de madera suspendida sobre el lago. Doscientos treinta y ocho cuadros triangulares colocados entre los cabrios del techo adornan aquellas galerías. Son los fastos populares, en donde el suizo aprendía al paso la historia de su religión y de su libertad.

He visto las gallinetas domesticadas y prefiero las salvajes del estanque de Combourg.

En la ciudad me llamó la atención el ruido de un coro de voces que salía de una capilla de la Virgen. Entré en ella, y me creí trasladado á los días de mi infancia. Delante de cuatro altares, piadosamente adornados, varias mujeres rezaban con el sacerdote el rosario y las letanías. ¿Era aquello como la oración de la tarde á orillas del mar en mi pobre Bretaña, y yo estaba á orillas del lago de Lucerna! De este modo una mano unía los dos cabos de mi vida para hacerme sentir mejor todo lo que se había perdido en la cadena de mis años.

Sobre el lago de Lucerna 16 de agosto de 1832, al mediodía.

Alpes, bajad vuestras cumbres; no soy ya digno de vosotros: jóven, estaria solitario; anciano, solo me hallo aislado. Todavía pintaría bien la naturaleza; ¿pero para quién? ¿Quién haría caso de mis cuadros? ¿Qué otros brazos que los del tiempo estrecharían en recompensa mi genio de frente desnuda de cabellos? ¿Quién repetiría mis cantos? ¿A qué musa se los inspiraría? Bajo la bóveda de mis años, como bajo la de los montes nevados que me rodean, no vendrá á enardecerme ningun rayo de sol. ¿Qué lástima es arrastrar, al través de estos montes, pasos fatigosos que nadie querría seguir! ¿Qué desgracia la de no hallarme en libertad de vagar de nuevo sino al fin de mi vida!

A las dos.

Mi barca se ha detenido en la cala de una casa sobre la orilla derecha del lago, antes de entrar en el golfo de Uri. He subido por el vergel de aquella posada, é ido á sentarme bajo dos nogales que cubren un establo. Delante de mí, algo á la derecha, sobre la orilla opuesta del lago, se despliega la aldea de Schwitz entre vergeles y los planos inclinados de aquellas praderas, llamadas Alpes en el país: hállase coronada por una roca cortada en semicírculo, y cuyas dos puntas, el Mithen y el Haken (la mitra y el báculo), toman su nombre de su forma. Aquel chapitel bifurcado descansa sobre céspedes, como la corona de la ruda independencia helvética sobre la cabeza de un pueblo de pastores. El silencio solo se hallaba interrumpido á mi alrededor por el sonido de los cencerros de dos terneras que había en el vecino establo, y que parecía anunciarme la gloria de la libertad pastoril que dió Schwitz con su nombre á todo un pueblo: un pequeño canton en las inmediaciones de Nápoles, llamado *Italia*, comunicó también su nombre, aunque con derechos menos sagrados, á la tierra de los romanos.

A las tres.

Partimos y entramos en el golfo ó lago de Uri. Las montañas se abren y oscurecen. Une allí la cima verde del Gruttli y las tres fuentes en donde Furst, Ander-Alden y Stauffer juraron la emancipación de su país: allí, al pié del Achenberg, la capilla que marca el sitio en que Tell, saltando del barco de Gessler, lo rechazó de una patada al medio de las olas.

¿Pero han existido Tell y sus compañeros? ¿No

serán acaso personajes del Norte nacidos de los cantos de los Escaldas, y de los que se encuentran tradiciones heroicas en las riberas de la Suecia? ¿Son hoy los suizos lo que eran en la época de la conquista de su independencia? Estos senderos de osos ven rodar carruajes por donde Tell y sus compañeros brincaban con el arco en la mano, de abismo en abismo. ¿Soy yo mismo un viajero en armonía con aquellos sitios?

Afortunadamente vino á asaltarme una tempestad. Abordamos á un ancon, á algunos pasos de la capilla de Tell: siempre es el mismo Dios que subleva los vientos, y la misma confianza en Dios que tranquiliza á los hombres. Como en otro tiempo, al atravesar el Océano, los lagos de la América, los mares de la Grecia, de la Siria, escribo en un papel infectado. Las nubes, las olas, el ruido del rayo se asocian mejor al recuerdo de la antigua libertad de los Alpes que la voz de esa naturaleza afeminada y degenerada que mi siglo ha colocado á pesar mio en mi seno.

Altorf.

Habiendo desembarcado en Fluelen y llegado á Altorf, la falta de caballos va á retenerme una noche al pié del Banberg. Aquí Guillermo Tell derribó la manzana de la cabeza de su hijo: el tiro era de la distancia que separa aquellas dos fuentes. Creamos, á pesar de la misma historia referida por Sajon el Gramático, y que yo he citado en mi *Ensayo sobre las revoluciones*: tengamos fe en la religión y la libertad, las dos únicas cosas grandes del hombre: la gloria y el poder son brillantes, no grandes.

Mañana, desde lo alto del San Gotardo, saludaré de nuevo aquella Italia que saludé desde la cumbre del Simplon y del Monte-Cenis. ¿Pero á qué es esa última mirada sobre las regiones del Mediodía y de la aurora? El pino de los terrenos nevados no puede bajar entre los naranjos que van por bajo de él en los floridos valles.

Diez de la noche.

Vuelve á principiar la tempestad: culebrean los relámpagos por las rocas: los ecos aumentan y prolongan el ruido del trueno: los mugidos del Schœchen y del Reuss reciben al bardo de la Armórica. Hace mucho tiempo no me habia encontrado yo solo y libre: nada en el cuarto en donde estoy encerrado: dos camas para un viajero que vela y no tiene amores que mecer ni ensueños que forjarse. Aquellas montañas, aquella tempestad, aquella noche son tesoros perdidos para mí. Y sin embargo, ¡cuánta vida siento en el fondo de mi alma! Jamás, cuando la sangre corría mas ardiente del corazón en mis venas, he hablado el lenguaje de las pasiones con tanta energía como pudiera hacerlo en este momento. Paréceme que veo salir de los costados del San Gotardo mi sílfide de los bosques de Combourg. ¿Vienes á buscarme, encantador fantasma de mi juventud? ¿Tienes compasión de mí? Ya lo ves: no he cambiado mas que de rostro: siempre quimérico, devorado por un fuego sin causa y sin alimento. Salgo del mundo y entraba en él cuando te creé en un momento de éxtasis y delirio. Esta es la hora en que yo te invocaba en mi torre. Todavía puedo abrir mi ventana para dejarte entrar. Si no estás contenta con las gracias que te he prodigado, te haré todavía cien veces mas seductora: mi paleta no está agotada aun: he visto mas bellezas, y sé pintar mejor. Ven á sentarte sobre mis rodillas: no tengas miedo de mis cabellos: acarícialos con tus manos de hada ó de sombra, y haz que se vuelvan negros con tus besos. ¡Esta cabeza, que los cabellos que de ella se desprenden no hacen sabia; es tan loca como lo era cuando te dí el ser, hija primogénita de mis ilusio-

nes, dulce fruto de mis amores misteriosos con mi primera soledad. Ven y subiremos todavía juntos sobre nuestras nubes; iremos con el rayo á surcar, iluminar y abrazar los precipicios por donde pasará mañana. ¡Ven! Llévame como en otro tiempo, pero no me traigas mas.

Llaman á mi puerta: no eres tú; es el guía. Han llegado los caballos y es preciso marchar. De este sueño no queda mas que la lluvia, el viento y yo, sueño sin fin, eterna tempestad.

17 de agosto de 1852 (Amsteg).

De Altorf aquí, un valle entre montañas apiñadas, como se ven por todas partes: el Reuss ruidoso en el centro. En la posada del Ciervo se me acercó un estudiantillo alemán que venia de las neveras del Ródano, y me dijo:—«¿Venís de Altorf esta mañana? Caminad de prisa.» Creia que yo iba á pié como él; pero viendo luego mi carruaje:—«Oh! dijo: ¡caballos! eso es otra cosa.» Si el estudiante quisiese cambiar sus jóvenes piernas por mi carruaje y mi peor carro de gloria, ¡con qué placer tomaria yo su palo, su blusa gris y su barba blanca! Me iria á las neveras del Ródano: hablaria la lengua de Schiller á mi querida, y meditaria profundamente en la libertad germánica: él caminaría viejo como el tiempo, hastiado como un muerto, desengañado por la experiencia, habiéndose atado al cuello, como una campanilla, un ruido de que estaria mas cansado al cabo de un cuarto de hora que del zumbido del Reuss: No tendrá lugar el cambio: los buenos lances no están para mí. Marchóse mi estudiante, y me dijo quitándose y poniéndose su gorra teutona con una leve inclinacion de cabeza:—«Con vuestro permiso.» Otra sombra desvanecida. El estudiante no sabe mi nombre: me habrá encontrado y no lo sabrá jamás: me complazco en esta idea; busco la oscuridad con mas ardor que en otro tiempo deseaba la luz: esta me incomoda, ya porque ilumina mis miserias, ya porque me muestra objetos de que no puedo ya gozar: tengo prisa por pasar la antorcha á mi vecino.

Tres mozos tiran la ballesta: Guillermo Tell y Gessler se hallan por todas partes. Los pueblos libres conservan el recuerdo de las fundaciones de su independencia. Pregúntese á un pobre de Francia si ha lanzado nunca el hacha en memoria del rey Hlowigh, ó Kholdwig ó Clodoveo.

CAMINO DEL SAN GOTARDO.

El nuevo camino de San Gotardo, al salir de Amsteg, va y viene haciendo eses por espacio de dos leguas, unas veces costeano el Reuss y otras separándose cuando la madre del torrente se ensancha. En los relieves perpendiculares del paisaje se divisan cuevas desnudas ó tachonadas con grupos de hayas, picos lanzándose en las nubes, cúpulas cubiertas de nieve, cimas calvas ó que conservan algunos rastros de nieve como mechones de cabellos blancos: en el valle, puentes, columnas de tablas ennegrecidas, nogales y árboles frutales que ganan en lujo de ramas y hojas lo que pierden en suculencia de frutos. La naturaleza agreste obliga á esos árboles á hacerse silvestres; la savia se abre paso, á pesar del engerto: un carácter enérgico rompe los lazos de la civilizacion.

Un paso mas arriba, en la orilla derecha del Reuss, cambia la escena: el río corre con cascadas en un álveo pedregoso bajo una arboleda de espesos pinos: es el valle del puente de España en Cauterets. En los costados de la montaña vejetan las malezas sobre las aristas vivas de la roca, en donde amarradas por sus raíces resisten el embate de las tempestades.

Por el camino solo algunos cuadros de patatas anuncian al hombre en aquel sitio: es preciso que coma y que ande este en el resúmen de su historia. Los rebaños, relegados á los pastos de las regiones superiores, se ocultan á la vista; pájaros, ninguno; águilas, tampoco: la grande águila cayó en el Océano al pasar por Santa Elena: no hay vuelo tan alto y fuerte que no desfallezca en la inmensidad de los cielos. El águila real acaba de morir. Habiamos anunciado otras águilas de julio de 1830: á la verdad han bajado de su guarida para anidar con los palomos calzados. Nunca arrebatarán gamos en sus garras: debilitada su mirada en la luz doméstica, jamás contemplará de la cima de San Gotardo el libre y brillante sol de la gloria de Francia.

VALLE DE SCHOELLENE.—PUENTE DEL DIABLO.

Después de pasar el puente del Salto del Cura y dar la vuelta á la aldea de Waren se vuelve á tomar la orilla derecha del Reuss: á una y otra orilla blanquean cascadas extendidas entre alfombras verdes al paso de los viajeros. Por un desfiladero se divisa el ventisquero de Ranz, que se une á los ventisqueros de la Furca.

Penétrase al fin en el valle de Schoellenen, en donde principia la primera rampa del San Gotardo. Este valle es una muesca de dos mil piés de profundidad, formada en una roca de granito. Las paredes de la roca forman muros gigantescos perpendiculares. Las montañas no ofrecen mas que sus costados ardientes y enrojecidos. El Reuss truena en su lecho vertical acolchado de piedras. Unos restos de torre dan testimonio de otros tiempos como la naturaleza recuerda aquí siglos inmemoriales. Sostenido en el aire por las murallas á lo largo de las masas de granito, el camino, torrente inmóvil, circula paralelo al torrente movable del Reuss. Aquí y acullá bóvedas de fábrica ofrecen al viajero un abrigo contra el alud: caminase todavía algunos pasos en una especie de embudo tortuoso, y de repente, en una de las volutas de la concha, se encuentra un frente á frente del puente del Diablo.

Este puente corta hoy el arco del nuevo puente mas elevado, construido detrás y que le domina: el antiguo puente, alterado en esa forma, no se asemeja mas que á un pequeño acueducto de dos pisos. El puente nuevo, cuando se viene de la Suiza, oculta la cascada que se retira. Para gozar de la vista del arco Iris y de los juegos de la cascada hay que colocarse en dicho punto; pero para el que ha visto la catarata de Niágara no hay cascada que pueda sorprenderle. Mi memoria opone sin cesar mis viajes á mis viajes, montañas á montañas, ríos á ríos, selvas á selvas, y mi vida destruye mi vida. Lo mismo me sucede respecto de las sociedades y de los hombres.

Los caminos modernos que el Simplon ha enseñado y que el Simplon borra, no presentan el efecto pintoresco de los antiguos caminos. Estos últimos, mas atrevidos y mas naturales, no evitaban ninguna dificultad: no se separaban del curso de los torrentes, subian y bajaban con el terreno, escalaban las rocas, se hundian en los precipicios, pasaban bajo los aludes sin quitar nada al placer, la imaginacion, ni al goce de los peligros. El antiguo camino del San Gotardo, por ejemplo, era mucho mas peligroso que el actual. El puente del Diablo merecia su reputacion cuando al entrar en él se veia por encima la cascada del Reuss, y trazaba un arco oscuro ó mas bien un estrecho sendero á través del brillante vapor de la cascada. Luego, al final del puente, el camino subia á pico hasta llegar á la capilla, cuyas ruinas se ven todavía. Al menos los habitantes de Uri han tenido la piadosa idea de construir otra capilla en la cascada.

En fin, no eran hombres como nosotros los que

atravesaban en otro tiempo los Alpes; eran hordas de bárbaros ó legiones romanas. Eran caravanas de comerciantes, caballeros armados, aventureros, traficantes, peregrinos, prelados, monges. Contábanse aventuras extrañas. ¿Quién habia construido el puente del Diablo? ¿Quién habia precipitado en la pradera de Wasen la roca del Diablo? Por una y otra parte se elevaban torreones, cruces, oratorios, monasterios, ermitas que conservaban la memoria de una invasion, de un combate, de un milagro ó de una desgracia. Cada tribu montañesa conservaba su lengua, su traje, sus usos, sus costumbres. No se encontraba, á la verdad, una excelente posada en un desierto, ni se bebía allí vino de Champagne, ni se leian gacetas; pero si habia mas ladrones en el San Gotardo, habia menos tunantes en la sociedad. ¡Qué bella cosa es la civilizacion! Esta perla se la regalo al primer lapidario.

Suwaroff y sus soldados han sido los últimos viajeros en aquel desfiladero, al fin del cual encontraron á Massena.

EL SAN GOTARDO.

Después de desembocar del puente del Diablo y de la gleria de Urnerloch, se llega á la pradera de Ursern, cerrada por estrellas como los asientos de piedra de un anfiteatro. El Reuss corre apacible en medio del verde: el contraste es singular: así es como, antes y después de las revoluciones, la sociedad aparece tranquila: los hombres y los imperios duermen á dos pasos del abismo en que van á caer.

En la aldea de Hospital principia la segunda rampa, la cual conduce á la cumbre del San Gotardo, que se halla invadido por masas de granito. Esas masas, arrolladas, hinchadas, rotas y festoneadas en su cima por algunas guirnalda de nieve, se asemejan á las olas hjas y espumosas de un océano de piedra, sobre el que el hombre ha dejado las ondulaciones de su camino.

«Al pié del monte Adulo, entre mil cañaverales, el Rhin tranquilo y orgulloso por el progreso de sus aguas, apoyado con una mano sobre su urna inclinada, dormia al ruido lisonjero de sus nacientes olas.»

Hermosos conceptos, pero inspirados por los rios de mármol de Versailles. El Rhin no sale de su álveo de cañaverales: se levanta de un lecho de escarcha: su urna, ó mas bien sus urnas, son de hielo: su origen es el mismo de esos pueblos del Norte, del que se hizo rio adoptivo y cinturón guerrero. El Rhin, nacido del San Gotardo en los Grisones, vierte sus aguas en el mar de Holanda, de Noruega y de Inglaterra: el Ródano, hijo tambien del San Gotardo lleva su tributo al Neptuno de España, de Italia y de Grecia: nieves estériles forman los recipientes de la fecundidad del mundo antiguo y del mundo moderno.

Dos estanques sobre la plataforma del San Gotardo dan origen, el uno al Tessino, el otro al Reuss. El nacimiento del Reuss es menos elevado que el del Tessino; de suerte que, construyendo un canal de unos cuantos centenares de pasos, se arrojaría el Tessino en el Reuss. Si se repitiese la misma obra en los principales afluentes de estas aguas, se verificarían extrañas metamorfosis en las comarcas por bajo de los Alpes. De consiguiente un montañés puede darse el placer de suprimir un rio, fertilizar ó hacer estéril un país: véase una cosa que rebaja el orgullo del poder.

Es una cosa maravillosa ver al Reuss y al Tessino decirse un eterno adios y tomar un camino opuesto sobre los dos vertientes del San Gotardo: sus cunas